

Brasil, esa otra orilla

| Por la Comisión de Idioma Portugués

Está bastante difundida la faceta del Borges creador, traductor literario y profesor, pero no así la forma en que pensó, construyó y mostró otros países que son escenarios de sus obras. En este caso, nos ocuparemos de su visión sobre las naciones lusoparlantes. Brasil ha sido mencionado en varios trabajos del célebre escritor argentino; sin embargo, el vínculo con el idioma de Camões se remonta a las hipótesis que señalan una supuesta ascendencia portuguesa al conjeturar que su bisabuelo paterno era oriundo del municipio de Torre de Moncorvo, al norte de Portugal. En el poema «Los Borges», es el propio autor quien indica: «Nada o muy poco sé de mis mayores portugueses» y ofrece una descripción de dichos antepasados. Desde luego, mientras no se lleve a cabo una investigación concluyente, todo continuará siendo, como no podía ser de otra manera, otro misterio borgeano.

Centrándonos ahora en Brasil, este país aparece mencionado al pasar en algunos de los cuentos más conocidos de Borges, como «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», «El sur», «El muerto», «Emma Zunz» y «El Aleph». Esto nos hace preguntarnos: ¿por qué recurrir a él?

Rio Grande do Sul, la frontera con Brasil

Primero, consideremos la región de Rio Grande do Sul, a través de la cual más se hace alusión a Brasil. Como afirmó Beatriz Sarlo, Borges fue *un escritor en las orillas*. No solamente porque escribió, desde un país periférico, ficciones que ingresaron al canon de la literatura

universal, sino también porque construyó esas mismas ficciones a partir de materiales marginales, pertenecientes a Occidente, sí, pero más bien a su periferia. Por eso muchos de sus más emblemáticos personajes son judíos o irlandeses, por eso también muchos de sus cuentos transcurren en esa zona intermedia entre el campo y la ciudad que Borges llama el arrabal, y por eso el momento cúlmine de sus cuentos suele suceder al atardecer, entre el día y la noche. Hay otra periferia u orilla en la literatura borgeana menos tenida en cuenta, que es la frontera entre Argentina, Brasil y Uruguay, al sur del estado de Rio Grande do Sul. Sin embargo, antes de abordar la cuestión de la frontera entre estos países, hay que entender qué entiende Borges por país.

Para Borges, la idea de patria no consiste en una esencia permanente, sino en una construcción colectiva, que necesita de la creencia de sus habitantes para existir. Esta idea aparece presente tanto en el prólogo a su primer libro («Mi patria —Buenos Aires— no es el dilatado mito geográfico que esas dos palabras señalan», afirma en *Fervor de Buenos Aires*) como en varios de sus poemas («La patria, amigos, es un acto perpetuo», dice en «Oda escrita en 1966») o cuentos («El planeta estaba poblado de espectros colectivos: el Canadá, el Brasil, el Congo Suizo», cuenta en «Utopía de un hombre que está cansado»).



Como podemos ver, Brasil está incluido dentro de esta consideración. Brasil, en cuanto unidad real, objetiva e indisoluble, no existe: lo único que existe es la idea que se tiene sobre él.

Si, como extranjeros, cuando pensamos en Brasil nos vienen a la mente las imágenes más exóticas —como la selva del Amazonas— o las grandes ciudades —como Río de Janeiro y San Pablo—, la región que elige Borges puede parecernos extraña, pero resulta lógica dentro de su sistema literario. En primer lugar, porque le permite rechazar cualquier acusación de color local: «... lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local; encontré esta confirmación en la *Historia de la declinación y caída del Imperio romano* de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos» («El escritor argentino y la tradición», *Discusión*). ¿Qué menos brasileño que Río Grande do Sul, donde se toma mate y se habla portuñol? Paradójicamente, por eso mismo es el estado más brasileño para Borges: porque no cae en estereotipos ostentosos o en caricaturas exageradas diseñadas para el extranjero, sino que resulta una construcción auténtica realizada por sus habitantes. En segundo lugar, Borges recurre a este estado porque, como dijimos al principio, se trata de una zona de frontera, de pasaje, donde las lenguas, las nacionalidades y las personas se mezclan. Por esto, se vuelve el territorio perfecto para el contrabando, que posibilita, a su vez, la aparición de dos elementos cruciales en la literatura borgeana: el crimen y lo fantástico.

El crimen es la base de una vasta serie de «cuentos de cuchilleros», caracterizados por la violencia física, sobre todo masculina, en los suburbios de Buenos Aires. En «El muerto», sin embargo, esta ubicación aparece relegada a un plano secundario: la zona fundamental es Brasil, porque es allí donde se produce la revelación sobre la identidad del personaje principal, Benjamín Otálora. El relato comienza con la siguiente frase: «Que un hombre del suburbio de Buenos Aires, que un triste compadrito sin más virtud que la infatuación del coraje, se interne en los desiertos ecuestres de la frontera de Brasil y llegue a capitán de contrabandistas, parece de antemano imposible». Así, el cuento plantea el enigma de cómo un porteño mediocre «de quien acaso no perdura un recuerdo en el barrio de Balvanera» logra alcanzar tal grado de reconocimiento en Brasil. Borges no nos brinda una explicación directa, pero sí nos da algunas pistas. Nos dice que «[e]sa vida es nueva



para él, y a veces atroz, pero ya está en su sangre, porque lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros (también el hombre que entreteje estos símbolos) ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos». Borges habla de naciones y no de países, porque no son lo mismo: las naciones están conformadas por las personas que comparten un idioma, unas costumbres y una tradición. En este caso, parece considerar miembros de una misma nación a los gauchos, ya sean argentinos o brasileños, porque luego emplea el nosotros para referirse a la fascinación por el caballo y la llanura.

Entonces, si tanto los brasileños del sur como los argentinos pueden ser considerados gauchos, ¿por qué elegir Brasil como país de origen de Azevedo Bandeira? Porque hay un rumor, dice Borges, de que «Bandeira nació del otro lado del Cuareim, en Río Grande do Sul; eso, que debería rebajarlo, oscuramente lo enriquece de selvas populosas, de ciénagas, de inextricables y casi infinitas distancias». Aquí sí Brasil aparece visto como un territorio exótico e idealizado, mucho más rico en selvas y en kilómetros que la Argentina y, por lo tanto, mucho más propicio para el peligro y para el desarrollo del coraje, como se comprueba en la virilidad de Bandeira, pues, «ante cualquier hombrada, los gauchos dicen que Bandeira lo hace mejor». Bandeira es, efectivamente, más gaucho que Otálora. No porque sea mejor jinete o tropero, sino porque domina el arte de la ironía y el silencio, atributos del gaucho («Los gauchos», *Elogio de la sombra*). Ni se deja ver ni deja adivinar su plan: hacerle creer a Otálora que puede ser como él, para luego, en su momento de debilidad, matarlo. El gaucho del Brasil, así, tiene una ventaja sobre el gaucho argentino, y esto se confirma al final del cuento, cuando

Bandeira ordena la muerte de Otálora. En este sentido, Brasil funciona como contracara de la Argentina porque, si bien una parte de la cultura resulta compartida, el ambiente modifica a los sujetos y otorga un mayor coraje al *gaúcho*. Pero también funciona como territorio de contrabando, que es el principal negocio de Bandeira. Esto resulta importante porque, como señala Martín Kohan, «el contrabando, en clave de delito, indica la debilidad de la ley de las fronteras» («En las fronteras de Borges», *Lo que entiendo por Borges*). La alusión a Brasil, entonces, tiene la doble función de volver más misterioso o exótico al personaje de Bandeira y de introducir la cultura *gaúcha* y el tema del contrabando al cuento, lo que permite cuestionar la idea de frontera.

Por otra parte, Brasil es mencionado en una serie de cuentos fantásticos, la otra gran vertiente borgeana. Lo fantástico comienza con «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en donde Borges postula la existencia de un país de Medio Oriente llamado Uqbar, que solo figura en cierta edición de una enciclopedia. En el segundo apartado del cuento se presenta al personaje de Herbert Ashe, un inglés amigo de su padre que vivió en Rio Grande do Sul y que había muerto días después de recibir un paquete proveniente de Brasil, que contenía la enciclopedia de Tlön, una supuesta región imaginaria inventada por los habitantes de Uqbar. Todo el cuento gira en torno a la contraposición entre realidad y ficción: hay varias referencias a la realidad (aparecen nombrados escritores como Bioy Casares, Alfonso Reyes o Martínez Estrada y localidades de Buenos Aires como Ramos Mejía o Adrogué); Uqbar es un país ficticio pero —según el cuento— real, mientras que Tlön es una región imaginaria de Uqbar. Finalmente, se dice que Herbert Ashe «padeció de irrealidad, como tantos ingleses» y que ni Borges ni su padre supieron, a pesar de haberlo conocido durante ocho años, que él había vivido en Rio Grande do Sul. En uno de sus cuentos más filosóficos, Borges parece estar poniendo en cuestión el límite entre fantasía y realidad para preguntarse, y preguntar a sus lectores, qué es lo que vuelve real a un territorio.

Pero la mención a Brasil no acaba con Herbert Ashe: hacia el final del relato, se menciona una carta con un sello de Ouro Preto y una pulpería de un brasileño en la Cuchilla Negra, en la frontera entre Uruguay y Brasil, en donde se produce otra misteriosa muerte y hay otra intrusión de un objeto fantástico: un pequeño cono de metal «que no es de este mundo» y que, a pesar de su tamaño, pesa demasiado como para sostenerse en una mano. Este es el primer hecho misterioso o fantástico de una serie de sucesos que ocurrirán en la misma región.

La intrusión de objetos fantásticos

El segundo modo de aparición de Brasil es, entonces, la mención del país como lugar de origen de diversos objetos clandestinos. En «Emma Zunz», que cuenta la venganza de Emma contra el culpable de la muerte de su padre, la carta que la informa de esta muerte proviene de Brasil. En «El Aleph», que narra el descubrimiento de Borges de un punto en el sótano de una casa en Constitución desde donde se puede contemplar todo el universo, se dice: «Hacia 1867 el capitán Burton ejerció en el Brasil el cargo de cónsul británico; en julio de 1942 Pedro Henríquez Ureña descubrió en una biblioteca de Santos un manuscrito suyo que versaba sobre el espejo [...]. En su cristal se reflejaba el universo entero». Quizá las selvas populosas y las ciénagas sirvieron para dotar a Brasil de cierto imaginario fantástico que hacía más coherente imaginar documentos secretos u objetos mágicos allí.

La calle Brasil, última frontera

Por último, hay un tercer modo de aparición de Brasil en los cuentos de Borges, más sutil pero no menos importante. En «El sur», Dahlmann, un bibliotecario argentino, vuelve a la estancia que heredó de sus antepasados para terminar de recuperarse de un accidente. Al menos, eso es lo que parece suceder, pues no queda claro si se trata de la realidad o del sueño de Dahlmann en el sanatorio. El viaje hacia el sur, donde se encuentra la casa, comienza a partir de la avenida Rivadavia, pues, como declara Borges, «nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia». Desde allí, Dahlmann llega al barrio de Constitución y se detiene en un café de la calle Brasil, porque recuerda que en ella hay un gato que se deja acariciar. Pero el gato cumple otra función: es un animal mágico, como dice el narrador, «una divinidad desdeñosa» que vive en la eternidad. El gato, así, lo introduce en la dimensión mágica y atemporal del sur, que se verá condensada, finalmente, en la última escena del cuento, con la parada de Dahlmann en el almacén y el duelo a cuchillo con un desconocido que lo ha provocado y que seguramente acabará con él. De esta manera, la calle Brasil funciona como una última frontera espacial, pero también temporal, que conduce a Dahlmann al sur, pero también al pasado, al tiempo de duelos entre gauchos que le permite morir como había muerto su abuelo y como a él le habría gustado morir.

En conclusión, podemos considerar que Borges pensó a Brasil como una *frontera*, un espacio liminal donde se ponen en jaque la cuestión de identidad y de nacionalidad, pero también la realidad misma. ■

Agradecemos la colaboración de la profesora y licenciada en Letras Mercedes García Novo.